

Un médico en la Milicia Aérea

MIGUEL DUPERIER PRADO,
Alférez de la 12.^a Promoción
MAU

AUN lo recuerdo perfectamente, parece que fue ayer cuando entré vestido de paisano por el cuerpo de guardia del Aeródromo de Villafraía. Han pasado 27 años, qué rápidos y fluidos, disimulados por el quehacer diario pero tan vivos en mi memoria.

Terminaba tercer curso de Medicina, era el tres de junio de 1960, un aire fresco, casi frío llegaba desde el campo de vuelo hasta el Patio de Armas. Ya era "maldito" en la segunda Escuadrilla. Qué bonito mi uniforme del Ejército del Aire. Qué orgullo vestirlo.

Era lo más cerca que podía estar de la aviación, pues un problema familiar con mi madre me impedía ir al servicio de vuelo. Hacía poco tiempo que un tío mío había pagado con su vida la audacia de volar.

A pesar de los pesares tenía que volar, incluso engañando a mi familia, era como una lucha por la perfección, por la precisión, por la belleza y la libertad, una idea fija en los luminosos instrumentos de la mente.

Quizá mi enorme afición era tan transparente que no pasó desapercibida por el entonces teniente Barrón, con el que llegué a trabar gran amistad y, aún no sé de qué manera conseguí que voláramos en la Bucker casi diariamente, unos 35 ó 40 minutos, dando unas buenas pasadas sobre el monasterio de Fuentes Blancas.

Una noche vino a despertarme a la escuadrilla, serían las cuatro de la mañana. Miguel, me dijo, estoy muy preocupado, mi hija tiene una fiebre muy alta desde hace cuatro días y cada vez la veo peor, aunque la había visto el médico puericultor. Acudí con él a Burgos a reconocer a la niña, de corta edad —recuerdo— tendría tres o cuatro años a lo sumo. Para mí fue en aquellos momentos una gran responsabilidad, yo no era médico todavía, pero Dios es grande y nada más examinarla apreció un cuadro de exantema generalizado con conjuntivitis y fuerte tos. No había duda, era un comienzo de brote de Sarampión. El asunto quedó aclarado y volvió la tranquilidad. ¡Eres un tío fenómeno Miguel! Diez días después la criatura estaba perfectamente.

Seguimos volando mientras pudimos, yo me encontraba a mis anchas, aunque ya por el mes de agosto se presentaron dificultades. Yo no era del Servicio de Vuelo. Demasiado se había conseguido. Pero ese gusanillo del vuelo ya quedó grabado a fuego.



Al ingresar en Villafraía, yo no era del Servicio de Vuelo. Demasiado había conseguido, pero ese gusanillo del vuelo quedó grabado a fuego.

Por las noches soñaba con los vuelos del día anterior, con las nubes, con el paisaje apreciable desde arriba, los campos de España. La Catedral de Burgos a lo lejos. De pronto, la Bucker en vuelo invertido, saliendo de un looping, caída en picado, nueva recogida y vuelta a empezar.

Qué desilusión no poder volver a volar. Si me separan de mi avión, paso a ser un hombre común y corriente, e inútil además. Pero mantenía la sensación de que algún día misterioso me despertaría transformado en un piloto.

El 17 de julio, fue la Jura de Bandera, un grandioso acontecimiento para todos nosotros, repetido en la conmemoración de nuestro veinticinco aniversario y al que posteriormente he seguido asistiendo asiduamente, desde la celebración de la 12.^a a la que pertenezco. Este acto castrense nos trae tan fuertes recuerdos que es difícil evitar una emoción muy especial. Y sentirnos de pronto veinticinco años más jóvenes en una transformación misteriosa y maravillosa, sobre la fina gravilla del Patio de Armas, que sonaba bajo nuestros pies con el mismo sonido que entonces.



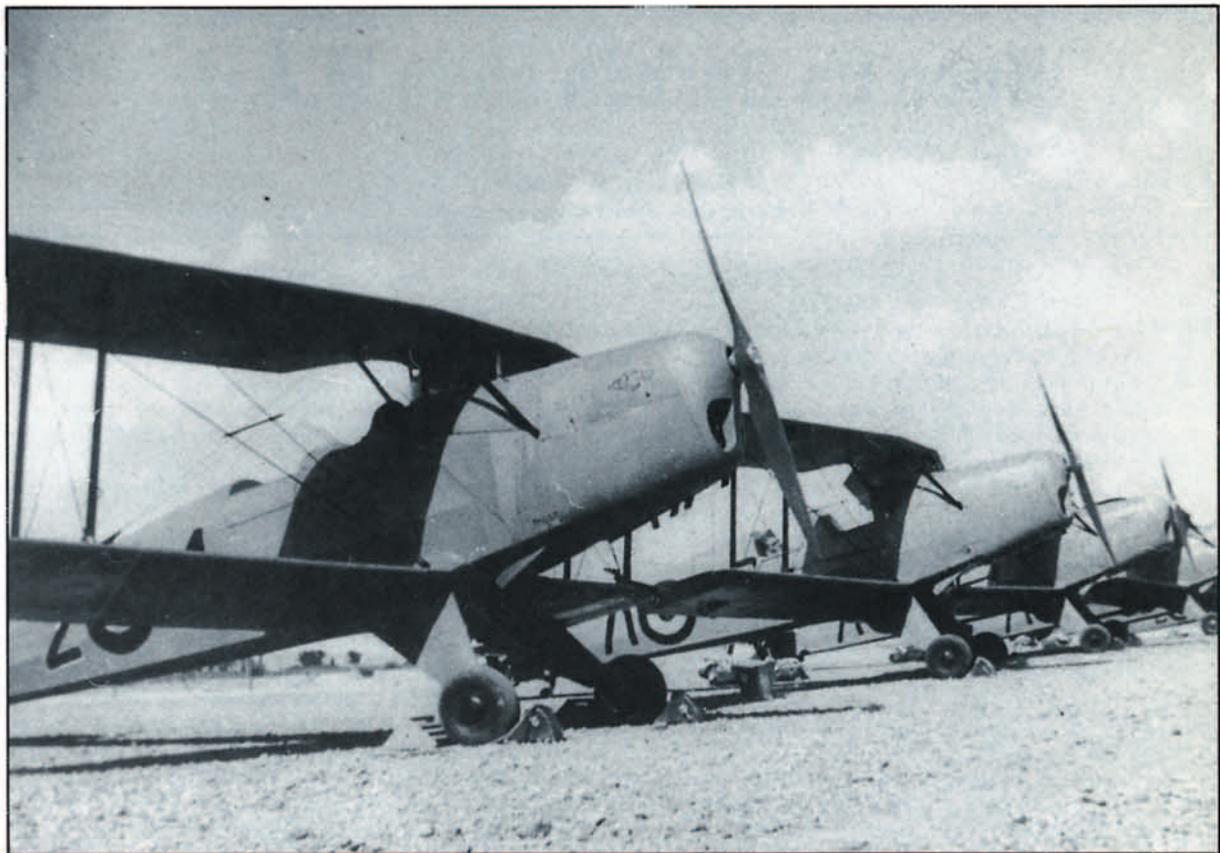
El día de la Jura de Bandera fue un grandioso acontecimiento para todos nosotros, repetido en nuestro XXV aniversario y en todos los posteriores a los que he asistido.

Todos los compañeros ya con canas y con algo más de peso, formados y alineados, atentos al cornetín y a las voces de mando, listos para volver a desfilar bajo nuestra Bandera, con paso firme y decidido. Después la Oración a los Caídos y la Ofrenda de Flores a los Compañeros que ya no están con nosotros, aunque como dice nuestro pater D. Angel, sus almas también estarán presentes sobre nosotros al saberse añorados.

Una furtiva lágrima intenta delizarse en esos momentos bajo el himno de la ofrenda. En unos segundos pasa por delante de nuestra mente todo lo vivido en Villafraía como si fuera hoy mismo, los pasos ligeros, la instrucción, las marchas, los malos y los buenos ratos, la disciplina, el estilo de nuestros Jefes y Oficiales.

Algo profundo dejó en nosotros el Ejército del Aire, cuando a la convocatoria, como una sola persona, acudimos de todos los puntos de España, acompañados de nuestras familias, que comprenden emocionadas también, el sentido profundo que nos mantiene unidos a la Milicia Aérea Universitaria.

Un lapso de veinticinco años me separaron de mi vocación aeronáutica, por mi otra vocación médica, a la que tuve que dedicarme por entero en Ciudadas Intensivos, dura tarea diaria que no da respiro ni un solo día ni muchas noches en que tienes que realizar las guardas del Servicio. Jornadas extenuantes cuando de verdad te dedicas de lleno a tu profesión.



Me senté en la carlinga y de nuevo me sentí transformado en otro hombre: En el que era en Villafria.

Un buen día recibo una carta de la MAU, con la que hacía tanto tiempo que no tenía contacto, en la que se me comunica la celebración del 25.º Aniversario de mi 12.ª Promoción. Fue un verdadero acontecimiento, una alegría desbordante. De pronto me sentí como un niño al que conceden una petición casi imposible.

El punto de reunión era la cafetería del Jumbo. Tomé contacto con viejos compañeros y con otros nuevos en medio de un ambiente inmejorable. Me fueron poniendo al corriente de las metas y proyectos fijados a corto y medio plazo. Nuestro Aeródromo de Corral del Ayllón que conocí días más tarde y en el que hemos trabajado y seguimos trabajando tanto. Ya lo considero como mi casa, como mi segundo hogar. Vi enseguida la buena organización, la seriedad y la cooperación de todos los miembros que somos asiduos todas las semanas. La sana finalidad de promover el espíritu aeronáutico de la Fundación.

Tengo que reconocer que, a partir de la fecha de la iniciación de estos acontecimientos, ha cambiado mi vida. Esta añoranza que sentí tantos años, se vió de pronto en vías de cumplirse plenamente. ¡Si teníamos hasta un Aeródromo! ¡Y una Dornier! Qué maravilla de avión. Me pasé largo rato contemplándolo el día que lo vi por primera vez. Me senté en la carlinga y de nuevo me sentí transformado en otro hombre, en el que era en Villafria. ¿Qué tendrá la Aviación para que le haga a uno sentirse de esa manera tan especial y tan diferente?

Pero la consumación fue el día en que volé por primera vez en la Dornier con mi instructor y entrañable amigo Carlos Cañete. Era un día magnífico de junio —como nosotros los aeronáuticos decimos— de sol y moscas. La manga de Corral de Ayllón apenas apuntaba cuatro nudos nordeste. Volamos unos cuarenta minutos sobre la zona.

A partir de aquel momento supe que ya no podría dejar de volar. Tenía que actualizarme después de tantos años y, para ser lo más útil posible a la Milicia, no tenía más remedio que sacarme mi título de piloto; tengo cuarenta y muchos, pero estoy sano y pasé el reconocimiento médico perfectamente. Ya me dieron la suelta y, cuando aparezcan publicadas estas líneas, tendré mi licencia y con ella toda la ilusión que ello representa.

También me acompaña mi hijo varón. Ambos tenemos la tarjeta de alumnos de vuelo sin motor. El es mi esperanza para realizar lo que yo no pude en su día, la Academia General del Aire.

Deseo por último agradecer a la Revista Aeronáutica Española la ocasión que nos brinda. Al Ejército del Aire que nos acoge como a sus hijos y del que somos incondicionales en cuerpo y alma y, finalmente, a nuestro Presidente Tomás Prieto, entrañable amigo y compañero, sin cuya iniciativa, capacidad de trabajo ingente y buena gestión no hubiera podido ver la luz nuestra Fundación de la Milicia Aérea Universitaria, de la que todos nosotros nos sentimos orgullosos. ■